

no haya sucumbido, pues si en un momento de frenesí y de zelos decreté su muerte, mi rencor y mi ódio solo deben alcanzar al afortunado rival por quien me deja.

—Es decir que á ella....

—A ella no deseo la muerte, sino que no pertenezca á nadie sobre la tierra, puesto que á mí no me es dado alcanzar la dicha de poseerla.

—Ese rasgo de generosidad me admira.

—¡Qué quiere vd! la belleza de las mujeres ejerce sobre mi corazon un sentimiento de piedad, que contrasta con todos los demas actos de mi vida.

—Confieso que, con respecto al bello sexo, pensamos de muy distinta manera. Yo, cuando he agotado todos los medios de alcanzar mis fines, apelo al rapto.

—Pero vd. mismo sabe, por experiencia, que un rapto no siempre es coronado con la satisfaccion de un deseo. Por ejemplo, Luz y Adela, que están hace algun tiempo bajo el poder de vd., no han sucumbido aún.

—Por lo que hace á Luz, esta noche será mia, estoy seguro.

—¡Cómo!

—Le he preparado un nuevo cuarto, donde he colocado las sillas y butacas de resortes que mandé traer, y que, como dije á vd., sujetan al individuo que se sienta en ellas, sin dejarle movimiento ninguno.

—Y ella, ¿nada sospecha?

—Absolutamente nada; y como voy á decirle que le he dispuesto aquella pieza, porque salgo mañana para Europa, y anheló que sus padres la encuentren en un sitio decentemente amueblado, necesito que vd. me acompañe, para que así se persuada de que es cierta mi resolucion, pase á la pieza dispuesta, en donde al verse sola, indispensablemente se sentará, quedándose sin defensa.

—¡Ah! ¡vd. va á ser feliz!

—Es preciso celebrar mi salida de México, dando una leccion de moral.

—¿Y con Adela, qué piensa vd. hacer?

—Esa va caminando ya para Veracruz en una litera, custodiada por nuestros sócios de fabricacion, como caminaba nuestro preso Ricardo, segun me habeis referido,

y del cual pensó vd. sacar un rescate que no se ha verificado.

—¡Ricardo!

Exclamó aterrado Duval; pues el lector habrá conocido ya que los interlocutores no eran otros que el personaje que acabamos de nombrar y el doctor Willey.

Duval, como hemos dicho otras veces, habia ocultado á su sócio todos los actos de su vida pasada, para no verse obligado á dividir con él los bienes adquiridos antes de asociarse; pero no pudiendo evitar que supiese la prision de Ricardo, le refirió que la habia dispuesto, con objeto de venderle la libertad por una crecida suma, que el preso jamás consintió en dar.

—¿De qué se estremece vd? ¿Teme vd. que aún hable?—Preguntó sonriendo el doctor:—¡No me ha asegurado vd. que....

—Sí; le he asegurado á vd. la verdad.... Ni él ni el mendigo, hablarán ya; pero....

—Pues tampoco tenemos que temer nada de Félix, que está ya en capilla, y que dejará de existir en los mismos momentos en que abandonemos la capital.

—Es verdad.... y sin embargo, la sangre vertida me inquieta.... me atormenta....

—¿Remordimientos?—Dijo riendo el doctor.—Ya son tardíos, señor Duval.

—La idea de que ese hombre va á morir mañana inocente, y por mi causa, me hiela la sangre, sin saber por qué.

—¿Está vd. hablando de veras?

—Con toda sinceridad.

—Entonces preciso es decir que es vd. incomprendible.

—¿Por qué?

—Porque ahora se horroriza vd. de una víctima que no le puede comprometer, y anoche dispuso vd. que se asesinasen á Leopoldo.

—Confieso mi conducta contradictoria.

—Escrúpulos de beata. Félix es el único que aun puede hablar; y nosotros lo que debemos procurar es, que no hable, al menos mientras no salgamos de Veracruz.

—Lo conozco.

—En Europa se le quitarán á vd. todos esos escrúpulos, en medio de los festines y los goces que proporciona el dinero. Ade-

mas, la mayor parte de nuestros bienes, que constan en fincas, los hemos vendido á condicion de recibir el dinero en Lóndres, para donde llevamos libranzas; y si antes de abandonar el país se descubriesen nuestras gracias, todo lo perderiamos á la vez que la vida.

Esta reflexion ahogó los escrúpulos de Duval, que exclamó:

—Es cierto: la sangre de ese hombre mas, no aumenta el peso de la que ya he vertido: acallemos, pues, el grito de la conciencia, ya que la muerte de D. Félix es nuestra salvacion.

—Eso se llama pensar bien. La conciencia es una fantasma que solo debe asustar á los niños y á las mujeres. Pero silencio, que por esta calle se acercan D. Emilio y Leopoldo.

En el semblante de Duval se pintó el ódio y el rencor.

—Sí;—contestó con satánica sonrisa;—ahora no se separan ni un solo instante.—Y luego, rechinando los dientes, añadió:—¡Ah! ¡maldigo el momento en que usé de la ge-

nerosidad de devolver á D. Emilio su fortuna! ¡Si yo le hubiera dejado envuelto en su ruina, hoy seria Clotilde mia.

—Callemos, que aquí están, y no nos han visto.

Dijo el doctor; y Duval dejó de hablar, deseando que no fijasen la atencion en ellos.

Don Emilio y Leopoldo, unidos del brazo, y en animada conversacion, se acercaban sin dirigir la vista al sitio en que los dos despechados amigos se encontraban.

En el rostro de los primeros estaban retratados la alegría del corazon y el placer de la amistad.

—Sí, D. Leopoldo—decia en alta voz D. Emilio;—estoy íntimamente persuadido de que mi querida hija va á ser con vd. la mas feliz de las mujeres. Ya lo ha empezado á ser desde que la presencia de vd. y sus palabras la arrancaron del borde del sepulcro, donde yo la habia conducido, mal aconsejado de injustos informes. ¡Oh! ¡y qué hermosa está hoy en su aromática tienda de ramilletes, animado su rostro por la fé en el dulce porvenir que la espera, al lado del

hombre á quien no ha dejado de amar un solo instante!

—Como yo tampoco la he olvidado un solo momento, D. Emilio. Ella era y es el centro de todas mis aspiraciones; y al ver que han terminado los temores y los recelos, cediendo su lugar á las venturas de la gloria, me parece que todo no es mas que un delicioso ensueño, del que temo despertar.

—No, no despertará vd. de él, querido Leopoldo: es la realidad que durará tanto como la vida. En vd. está señalar el día del enlace que vd. ha querido retardar hasta la llegada de su fiel amigo Nuñez.

Duval y Willey se miraron.

—Sí; á pesar de que cada minuto que trascurre me parece un siglo, no quiero llegar al colmo de la felicidad hasta que él no llegue, para que sea testigo de ella, y tome parte en el regocijo general. De otra manera seria manifestarme poco agradecido á los altos y numerosos servicios que me ha prestado.

—Bien; esa prueba de gratitud le honra

á vd. mucho, para que yo trate de que vd. la atropelle. Pero Nuñez hace algunos días que debia estar aquí, y me tiene cuidadoso su tardanza. ¿Le habrá sucedido alguna desgracia?

Duval y el doctor volvieron á mirarse.

—A mí tambien me ha asaltado varias veces ese temor. Sin embargo, espero que la tardanza de mi leal amigo reconozca un origen mas lisonjero.

—¿Cuál?

—La Caverna de Cacahuamilpa es inmensa, encierra bellezas de primer orden, y tal vez se habrá detenido á visitarla escrupulosamente.

—¡Dios lo quiera!

—La duda de vd. aumenta mi recelo.

—Temo, porque vd. y Nuñez tienen bastantes enemigos, y bien pudiera alguno, sabiendo que emprendia ese viaje, haberle seguido, y oculto en la caverna, á donde nadie podia verle, saciar impunemente una venganza derramando su sangre.

Duval se puso pálido, y el doctor le apretó la mano.

—¡Oh! ¡qué horrible pensamiento!—Exclamó Leopoldo inmutado:—Pero no.... eso es imposible.... La noticia de una desgracia, hubiera llegado ya á nuestras oídos.

—Quiero persuadirme de que así es. Esperemos, pues, otros cuatro días, y si al espirar ese plazo no parece....

—Entonces iré yo mismo á ver lo que ha pasado, para unirme inmediatamente á Clotilde.

—Muy bien. Pero aligeremos un poco el paso, y aproximémonos á la tienda de la hermosa Flora, que estará esperando impaciente á su tierno Céforo.

Dijo D. Emilio con aire jovial y sonriéndose.

—No menos lo está—contestó en el mismo tono Leopoldo—el ministro y cortesano de la Primavera, por ver á la encantadora Cloris.

Y se alejaron, dirigiéndose hácia la pintoresca gruta que ocupaba la hermosa Clotilde.

Duval, al verles á bastante distancia, dió

una patada en el suelo, apretó los puños, y exclamó sin poder reprimir su cólera.

—¡Oh! ¡venganza! La consideracion de la felicidad de ese hombre seria mi infierno en Europa.

—Allí no presenciara vd. su dicha, y su imaginacion estará demasiado ocupada con otros objetos seductores, que le robarán todos los instantes de la vida.

—¡Oh! no: los zelos y la ira me dominan, y necesito la muerte de Leopoldo para que la memoria de su ventura no vaya á acabar los placeres que me brinda la Europa.

—Pero es preciso reflexionar que en los momentos en que vamos á alejarnos de este país, no es conveniente ocuparnos de un asunto tan peligroso que podria traer acaso funestas consecuencias.

—¿Tiene vd. miedo?

—Eso, jamás; pero....

—Nada, nada, Willey: lo he resuelto, y es preciso que ese hombre muera esta noche misma, para que yo emprenda tranquilo mi viaje.

—¿No hay indulto para él?

—No lo hay.

—Pues bien, morirá, y morirá de una manera que se atribuya á muerte repentina y natural.

—¿Cómo!

—Yo traigo un líquido que el que lo aspira, muere al instante como herido por un rayo.

—Bien; pero ¿cómo hace vd. que ese líquido lo aspire Leopoldo, sin que vd. se comprometa?

—Fácilmente.

—¿Cómo?

—¿No ha visto vd. que trae para la hora de salir de la diversion, que será de noche, un lujoso tapaboca, con que indispensablemente se cubrirá para abrigarse?

—Sí.

—Pues bien: ese tapaboca está en la pieza que se ha convertido en guarda-ropa, y con verter en él la cantidad necesaria del líquido, tiene que aspirar la muerte al cubrirse la boca, sin que ni remotamente se atribuya su trágico fin á persona humana.

—¡Oh! ¡sublime idea! Sin embargo....

—¿Qué?

—Puede fallar, como falló el resultado que se propuso vd. con Elisa, segun vd. mismo me ha contado.

—El deseo no se realizó, en efecto, porque se presentó Pablo; pero el líquido obró como era preciso que obrase; y si en vez de darla un narcótico, le hubiese aplicado al pañuelo lo que aplicaré al abrigo de Leopoldo, Elisa no existiría ya.

—¿Es decir que es eficaz ese líquido?

—Sin igual.

—Bueno.

—Pero antes de aplicarlo, necesito que me acompañe vd. á donde tengo á Luz, para que así se persuada que trato de dejarla en libertad, puesto que me es preciso partir para Europa, y penetre sin recelo en la pieza en que me espera la felicidad.

—Acompañaré á vd. á donde quiera.

El doctor iba á contestar, cuando vieron que D. Emilio, despues de dejar á Leopoldo con su amada, se dirigia hácia ellos.

—¿Dónde se oculta vd. amigo Duval?—

Dijo al acercarse tendiéndole la mano.—No le he visto á vd. hace mas de una hora.

—Estábamos gozando de la grata sombra de estos árboles, y hablando del sentimiento que nos causa abandonar este país donde tan marcadas pruebas de deferencia hemos recibido.

—¿Y por fin está resuelta la marcha para mañana?

—Definitivamente.

—Lo siento que no la suspenda vd. hasta que se realice la union de mi querida hija, cuya felicidad ha deseado vd. siempre.

Duval disimuló el disgusto que aquellas palabras le causaban, y contestó:

—Sí; su felicidad he preferido siempre á la mia.

—Y ella le está á vd. muy agradecida: pero acerquémonos á la glorieta principal, porque va á dar principio la mesa.

Duval y el doctor no pudieron fescusarse, y siguieron á D. Emilio al sitio indicado.

La comida, para que correspondiera á los trages con que se habia disfrazado la mayor parte de la concurrencia, era al es-

tilo del país. El *mole de guajolote*, (pavo en salsa); los chiles rellenos; (pimientos rebozados con huevo y con carne picada dentro); las sabrosas *enchiladas*, el *guajolote* relleno; los *frijoles* gordos; el pulque de piña; el de naranja, el de almendra y el natural, todo estaba en abundancia.

Los músicos, colocados al borde de la fuente, tocaban escogidas sonatas, en tanto que tenia lugar la comida.

Leopoldo se habia colocado al lado de Clotilde para tener el gusto de hablar con ella y de servirla. A Duval le habia tocado el sitio de enfrente, y cada obsequio de su rival, era un dardo que le clavaban en el pecho.

Cuando algunas libaciones de confortativo licor habian ido á dar cocimiento al alimento, empezaron los brándis en verso y prosa que son la vida de las mesas.

D. Emilio brindó por la amabilidad de la escogida concurrencia que se habia dignado aceptar el convite, por el grato motivo que les habia reunido en aquel sitio, y por la próxima union de su querida hija con el

distinguido artista con quien se envanecía la patria.

Duval disimuló la ira que le devoraba; y apuró la copa.

Concluida la comida, se dirigieron á tomar café y vinos generosos, á un magnífico cenador, situado debajo de unos sauces llorones.

El sol empezaba ya á declinar, y el ambiente que se respiraba era grato y perfumado.

Los jóvenes, dando el brazo á las lindas compañeras á quienes habian servido, salieron á recorrer las sombreadas calles del delicioso jardin.

Clotilde, apoyada en el de Leopoldo, salió risueña y seductora por junto á Duval que palideció de ira.

Ya se disponia á seguir á la feliz pareja, cuando se presentó en el cenador, vestido de rigoroso luto el anciano D. Manuel, el antiguo principal de Nuñez.

—¿Por qué tan tarde, querido amigo?

Le dijo D. Emilio saliéndole al encuentro y tendiéndole la mano.

—Porque me habian dado señas muy particulares de la jóven Adela, á quien sabe vd. que busco hace tiempo para anunciarle la fortuna que ha heredado.

El doctor escuchó atentamente.

—¿Y la encontró vd?

—No, por desgracia. Fuí al callejon de Recabados donde me digeron que vivia, y allí supe que habia salido la noche del pronunciamiento de los polkos, y que nadie ha vuelto á saber de ella.

—Pero está vd. cierto de que era Adela?

—Sí; porque aunque el nombre con que me la dieron á conocer no era el mismo, las señas correspondian en un todo, y estoy cierto que la hermosa y desgraciada Soledad de que me hablaron, no es otra que la heredera de las riquezas que dejó mi amigo.

El doctor apretó la mano de Duval.

—¿No es esa jóven la novia de Nuñez?—
Preguntó D. Emilio.

—La misma.

—Pues á mí no deja de tenerme tambien

con bastante cuidado la tardanza de este último.

—¿Pues qué, aun no viene de Cacahuamilpa?

—No señor; y mucho temo que le haya sucedido una desgracia.

Duval miró con inquietud al doctor.

—Lo sentiria infinito. ¿Y Clotilde y Leopoldo, por dónde andan?

—Paseándose en el jardin como dos enamoradas tórtolas. Pero voy á mandar que le sirvan á vd. alguna cosa. ¿Qué quiere vd. tomar?

—Una taza de café únicamente, porque hace media hora que comí.

Don Emilio sirvió una taza de café á su antiguo amigo, se puso él otra, y ambos se sentaron entregados á una animada conversacion.

Entre tanto los últimos rayos del sol se ocultaban en el lejano horizonte.

Duval, impaciente y zeloso de su afortunado rival, hizo una seña al doctor para que le acompañase, y ambos, saliendo del cena-

dor, se alejaron sin que ni D. Emilio ni D. Manuel fijasen la atencion en ellos.

—¿Qué tiene vd?

Le preguntó el doctor.

—El infierno dentro del pecho.—Exclamó Duval rechinando los dientes.—La desesperacion de los condenados. Necesito la muerte de Leopoldo.

—Le he prometido á vd. que dejará de existir esta misma noche, y mi promesa será cumplida.

—¡Oh! sí.... lo necesito.

—Pero antes es preciso que me acompañe vd. á la casa en que tengo presa á Luz.

—Sí, vamos; pero que sea pronto para volver en el instante y ver realizada mi venganza.

Y apoyándose en el brazo del doctor, se dirigió á la puerta de la calle.

La noche habia cerrado completamente.

Al poner el pié fuera del jardin, una voz se dejó escuchar, que le hizo palidecer.

Era la de un vendedor de papeles que, levantándose lúgubre y terrible, formu-aba

estas tristes palabras: “¡El diario del ajusticiado!”

Duval se estremeció, creyendo ver delante de sus ojos al inocente Félix, que le aplazaba desde el ensangrentado patíbulo para el tribunal de Dios.

El doctor, notando su terror, le dijo:

—¡Vuelve vd. á ser presa de las ridículas preocupaciones, mamadas en la niñez? Confieso que hoy está vd. desconocido. Vamos, séamos lo que hemos sido siempre. No nos dejemos dominar por trampantojos. El infierno y la gloria están en el mundo.

El hombre que marchaba pregonando el papel para venderlo, pasó entonces por junto á ellos, gritando con robusto acento:

—¡El diario de D. Félix el ajusticiado!

Duval se puso cadavérico; aquella voz penetró hasta lo mas profundo de su corazón, helándole la sangre.

—Es vd. un niño:—exclamó Willey al notar su terror.—Pero tal vez nos tenga esto mas cuenta, porque así dejará vd. que Leopoldo disfrute las caricias de la jóven que vd. soñó poseer un dia.

Aquellas palabras, dichas intencionalmente por el doctor para exaltar el ánimo de su amigo, produjeron el efecto deseado.

—¡Jamás, jamás!—Gritó Duval, dominado por los zelos—¡He jurado que morirá, y morirá!

Y apoyándose resueltamente en el brazo del doctor, se dirigió con éste á la casa en que gemia inconsolable la desventurada Luz.

Sin embargo, Duval sentia un terror invencible.

Su rostro estaba desencajado y pálido.

La voz del hombre que gritaba “El diario del ajusticiado,” sonaba aún en sus oídos, y el eco de aquella voz resonaba en su corazón.

Duval hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y disimuló su terror.

Willey, dominado por la infernal pasión de la lujuria, dejaba ver en su rostro el placer que inspira la esperanza de una próxima felicidad.

Eran dos réprobos, temiendo el uno el

castigo, y anhelante el otro saciar sus torpes pasiones.

Y estos dos réprobos se acercaban al sitio en que gemia un ángel; un ángel indefenso.... un ángel á quien trataban de engañar con una libertad mentida, para arrojarlo en el cieno!

¿Triunfaron al fin?

Los acontecimientos que iremos narrando darán contestacion á esta pregunta.

CAPITULO XXII.

De la mesa á la boca....

El ejército mexicano que tan bizarramente habia combatido en la Angostura contra las mejores tropas norte-americanas, se dirijia á México despues de haber permanecido en San Luis algunos dias descansando de las fatigas de aquella gloriosa, aunque sangrienta expedicion.

Era necesario atender á la parte de Oriente, per donde el general Scott se presentaba amenazante con las tropas invasoras que se habian apoderado de Veracruz, y los infatigables soldados mexicanos, que habian luchado en la Angostura, marchaban, ha-